## XXIII.

### UN VELO QUE SE DESCORRE.

—¡Ah! ¡qué divertida es la vida parisiense!

Esto repetia Dickson por décima vez desde la salida de Villepreux.

—Nada sigue aquí su curso natural, siempre se tienen nuevas emociones ó se hallan adversarios dignos de uno mismo. ¡Ese marqués! No se ha inmutado cuando me ha visto colocar doce balas en un mismo agujero y es evidente que se batirá con tanto valor como yo... ¡Pero qué descolorido se puso cuando le hablé del tribunal correccional! Baradoux tiene siempre razon: que buen profesor es de civilizacion europea!..... Mi mujer, con seguridad, habrá hablado del casamiento en todos los almacenes qué haya recorrido, sin contar el anuncio oficial en casa de la baronesa de Vauchelles: somos dueños ya de la situacion.

Y para manifestar su gozo, Dickson se puso á bailar solo alrededor de su despacho.



A pesar de todos sus millones, tenia á veces unos modales que estaban lejos de ser los de la sociedad á que queria pertenecer.

Se entregaba á la alegría con tanta más naturalidad, cuanto que su miedo habia sido muy grande á pesar de la seguridad que demostraba.

La ruptura del casamiento de su hija, enlace del que se hablaba ya en los salones como de una cosa corriente, hubiera sido un escándalo, que si bien no de gran ruido, sí de algun peligro para la familia. Dickson; pues no hubieran dejado de preguntar los curiosos el motivo de la retirada de Federico. Y como el marqués no gozaba de gran estimacion, hubieran supuesto que la señorita Dickson era aún ménos estimable que él.

Las suposiciones no llegarian más allá en un principio; pero era sumamente fácil tomar informes, bien sea en la legacion de los Estados Unidos en la misma ciudad de New York. ¡Un parte va y otro viene tan pronto!

"El señor Dickson no posee minas, ni caminos de hierro; es solamente un hombre de baja estofa, amo de una casa de juego y digno del mayor desprecio."

—¿Qué podia responder á semejante acusacion?

Así es que no guardaba mucho rencor al

marqués de Villepreux por haber opuesto alguna dificultad en los últimos momentos.

—Nos reconciliaremos esta noche, se decia, no se hablará más del asunto y viviremos en adelante en perfecta inteligencia.

Dickson llegaba á este punto en sus reflexiones, cuando el coche de su mujer entró en el patio del hotel.

El americano llegó hasta la puerta y se quedó sumamente sorprendido al ver á Edith muy encarnada, con aire furioso y los ojos echando chispas, miéntras que su madre estaba anonadada.

Corrió á su encuentro presintiendo una desgracia.

—¿Qué tienes, querida mia?

La señora Dickson no respondió: bajó del coche, apoyándose con fuerza en el brazo de su marido.

—Mi querida Margaret, ¿estás mala?

Tampoco respondió esta vez; pero apenas entró en el vestíbulo, se dejó caer en el primer asiento que encontró.

¿Qué tiene tu madre, Edith?

—¡Ah, padre mio! si quiere ella decíroslo, tendreis más suerte que yo, respondió la jóven con animacion.—Por lo ménos se lo he preguntado diez veces, y ni siquiera he podido obtener que desplegue los labios.

Al mismo tiempo miss Edith, olvidando todo el respeto que debia á sus padres, se encogia de hombros y haciendo muchos gestos, exclamó:



—¡Mi madre se ha visto puesta en ridículo!

Margaret al oir estas palabras, no hizo ningun movimiento ni dirigió á su hija el menor reproche. Se levantó, y andando con dificultad, se dirigió hácia la escalera.

Entró en su habitacion, y su marido estupefacto, le oyó echar el cerrojo.

Dickson cogió de la mano á su hija, bruscamente la hizo entrar en el salon, y despues de cerrar todas las puertas, le preguntó con tono imperativo:

—Explícate. ¿Qué ha pasado?..... ¿Qué habéis hecho?

—¡Tonterías! sin duda, ó por lo ménos grandes imprudencias!

—¿Cómo es eso?

—¡Ah, padre mio, no puedo explicároslo, porque no sé yo lo que sabéis vos..... y lo que mi madre debe saber evidentemente!

—¡Edith, estás loca! Hazme el favor de contestar á mis preguntas con algo más de calma..... y de respeto tambien.

Edith se encogió de hombros otra vez, y dijo:

—Preguntad, os responderé.

—¿A dónde habeis ido al salir de aquí?

—A casa de la modista, de la costurera y de la florista.

—Tú madre, con mucha discrecion, habrá hablado de tu próximo casamiento?

—Sí.

—¿Ha nombrado al señor de Villepreux?

—Sí, padre mio, así lo ha hecho.

—Está bien; así le habia dicho yo que lo hiciera.

—¡Pues bien! no os felicito por vuestra prudencia.

—¡Edith! ¿Olvidas?.....

—¡Ah, padre mio, es que se trata de mí! Yo sola seré la víctima de vuestras combinaciones si no tienen éxito y hubiera sido necesario no hablar de mi enlace hasta que todo estuviera definitivamente arreglado.....

Pero si ya está! el marqués de Villepreux acaba de salir de aquí.....

—¡El marqués! ¡Siempre el marqués! exclamó la jóven con ira, bien quisiera yo que viniera algo ménos y que en vez de él viésemos á su mujer ó á su madre!..... No soy bastante necia para no comprender que el señor de Villepreux no me da su nombre sino con gran pesar, y que mi casamiento tiene grandes adversarios en la madre, la hermana y la abuela de mi futuro esposo..... En Francia, cuando no se tiene el apoyo de las mujeres, no se sale con bien de nada..... En fin, si mi



mamá ha podido pronunciar triunfalmente el nombre del señor de Villepreux en los almacenes que hemos visitado, es decir, delante de gente que no respetan más que nuestros millones, no le ha sucedido lo mismo en un salon del gran mundo, pues ha bastado para cortarle la palabra, la presencia de un hombre que ella conocia.....

—¡Qué tu madre conocia! ¿Quién es ese? preguntó Dickson, trastornándose de repente, ¿un francés?

—¡Sí, un francés! ¡Pero no de los que ha conocido aquí! Uno de los que recibiais en New York en aquella casa en donde nunca me habeis dejado entrar.....

—¡Demonio! murmuró Dickson completamente inmutado.

—¿Qué pasaba en aquella casa? prosiguió Edith con una especie de rabia, no lo sé; pero ese recuerdo ha sido tan desagradable á mi madre, que poco faltó para que se desmayase ridículamente, y hemos tenido que marcharnos, mientras que aquel hombre nos aplastaba con sus irónicas miradas.....

—Pero, en fin, ¿cuál es el nombre de ese individuo?

—¡Es un general!..... ¡El conde de Brettecourt!

¡Brettecourt! ¡El hombre que acaba de dar su apellido y su título á ese Juan Renaud, que

tambien pretendia con su fortuna salvar la honra de los Villepreux!

Dickson se estremeció, pensando que todo esto no era obra de la casualidad.

—¿Le conoceis, padre mio? preguntó Edith.

El americano venció su emocion, y replicó con calma:

—No, hija mia. No comprendo la turbacion de tu madre; pero voy á interrogarla y me dará sin duda la clave de este enigma. En cuanto á tí retírate á tu cuarto y procura calmar tus nervios. Te perdono tu arrebato bastante disculpable en tu situacion; pero no puedo admitir que semejante escena se renueve. ¡Anda!

Edith salió rabiosa del salon y su padre la oyó andar por su cuarto con pasos precipitados.

—¡Cólera de niña! dijo Dickson, la señorita está nerviosa como una verdadera parisiense. ¡Nosotros, tranquilicémonos! Un nuevo peligro no debe asustarnos.....

Se dirigió al cuarto de su mujer y llamó, diciendo:

—Soy yo, Margaret.

Despues de una corta indecision, la americana abrió y fijó una mirada llena de inquietud en su marido; luego se dejó caer otra vez en el canapé, de donde no se habia movido, y



en el que permanecia ahora temerosa y atontada.

Dickson se sentó enfrente de ella, muy frio, con la mirada severa y los labios contraidos.

—No te reñiré, dijo con tono glacial; pero hablemos con franqueza.

—No ha dependido de mí, balbuceó Margaret; ese hombre me ha conocido y me he turbado.....

—Nos has comprometido tontamente. ¿Por qué no negaste?

—He procurado hacerlo; pero no he podido.

—¿Es realmente uno de los que han ido.... allá?

—Sí.

—¿Le has conocido tú tambien?

—Sin titubear..... Su fisonomía se habia grabado en mi memoria lo mismo que su nombre.

—¿Aparentó burlarse de tí?

—¡Oh! sí, con una crueldad y una ironía...

—Bueno. ¿Y crees tú que la conducta de ese hombre dé lugar á una provocacion?

Margaret hizo una señal afirmativa; pero temblando, pues tenia miedo por su marido

—Está bien. ¡Le mataré! dijo el americano con mucha calma.—En cuanto á tí, descansa y procura recuperar tu sangre fria, pues el marqués de Villepreux vendrá esta noche con

su hijo y es preciso que no se aperciban de nada.

Dickson se levantó muy resuelto.

Voy á casa de Baradoux, dijo.

En el momento en que salía, apercibió á éste que subia la escalinata del hotel. El banquero llegaba algo inquieto, con aire taimado y ansioso de saber lo que habia pasado entre el newyorkino y el marqués.

—¿Qué novedades hay? preguntó ofreciendo la mano á Dickson.

Este se la apretó con fuerza.

—¡Llegais á punto! replicó.

Ambos subieron al despacho del americano.

—¿Qué babeis hecho con el marqués? dijo Baradoux cada vez más inquieto.

—¿El marqués?..... Todo va bien por este lado..... Pero vais á servirme de padrino.....

—¿Eh?

—Me acompañareis á casa del baron de Vauchelles, que no rehusará, segun creo, ser mi segundo testigo, pues precisamente es en su casa en donde un hombre se ha permitido hoy faltar al respeto á mi mujer. Es preciso que mañana ese hombre haya muerto.

Baradoux empezó á temblar. Su carácter pacífico repugnaba los desafios.

—Pero ¿no puede arreglarse.....?

—¡Cuándo os digo yo que es preciso que ese hombre muera, es que ha de ser así, mil truenos!



—¿Y qué hombre es ese?

—El general conde de Brettecourt.

—¡Es un valiente, señor Dickson, muy valiente! Pero ¿cómo es que ha insultado.....?

—Esto á nadie importa más que á mí. Decidme solamente qué clase de hombre es.

Baradoux reflexionó un instante y luego dijo:

—Ya sabeis lo que son los individnos de la nobleza de hoy.

—¡Sí, valen bien poco!

—Pero figuraos lo que eran los caballeros de antaño.

—¡Es entónces un viejo don Quijote! exclamó Dickson con sonrisa despreciativa.

—Nada de eso. Es muy moderno y posée además todas las cualidades de los antiguos caballeros.

En aquel momento el ruido producido por un coche rodando sobre la arena, llegó á los oidos del americano y de Baradoux. Este miró por la ventana.

—Aquí viene, murmuró asustado.

Dickson miró tambien.

—¡Ah! ¿Ese es..... Brettecourt!

—Sí.

—Cuánto me voy á divertir batiéndome con él. ¡Qué gallardo es!

El neoyorkino se hacia el valiente, y sin embargo, con solo ver á Brettecourt se habia extremecido.

—Bajemos, dijo, asistiréis.....

—No, no, interrumpió con vi eza Baradoux Permitidme que me vaya..... No habia venido más que para saber..... Dispensadme..... Un negocio urgente reclama mi...

Mientras que hacian entrar á Brettecourt en el salon, el banquero se escapó.

—Que se las arreglen como puedan, se dijo; mi negocio está hecho, y no quiero meterme ya en nada.

Dickson le miró al alejarse y dijo con desden.

—¡Cobarde!

Despues entró en el salon.

Brettecourt se paseaba muy tranquilo.

Cuando vió al americano, avanzó hácia él y le dijo con amabilidad:

—Supongo que tengo el gusto de estar hablando con el señor Dickson.

—Sí señor.

—Soy..... pues con seguridad habréis olvidado mi nombre y mis facciones, el conde de Brettecourt.

El americano juzgó inútil enfadarse demasiado pronto; más valia dejar que el general se explicase.



—Os confieso, caballero, que no recuerdo haberos visto nunca.

—Vuestra memoria por lo visto, es bastante mala, señor Dickson..... lo mismo le sucede tambien á vuestra esposa. Hace poco, he tenido la honra de verla en casa de la baronesa de Vauchelles; la he recordado las divertidas *soirées* que he pasado en su casa..... y en verdad que me ha mortificado bastante no queriendo acordarse de aquel tiempo.

—En efecto, dijo el americano, mi mujer me ha hablado de esto cuando ha vuelto y.... no comprendemos.

—¿Os obstináis? preguntó Brettecourt siempre sonriente. ¡Sea! En ese caso, vamos á hablar como si nos viésemos por primera vez. ¿Cuándo empezáis nuevamente vuestras tertulias?..... Supongo que me comprendéreis en el número de los invitados..... porque tengo que pediros una revancha.....

—¿Qué queréis decir?

—Una cosa muy sencilla; que en vuestra casa he perdido en el juego algunos billetes de mil francos y que no os admitiréis de que quiera desquitarme.

Dickson ya no podia dudar. La casualidad tan temida por su mujer se habia presentado: uno de sus antiguos contertulios le quitaba la careta. La astucia era inútil, no habia más medio de defenderse que un desafio y pensaba

que con un oficial francés la cosa presentaria dificultad alguna.

—Os repito, caballero, dijo con sequedad, que no comprendo nada de cuanto me estáis diciendo; os escucho por pura bondad y para ofreceros la ocasion de disculparos..... Vuestra insistencia es de muy mal gusto.

Brettecourt no se inmutó.

—Mi señora se ha considerado insultada por vuestra ironía, y en el momento en que habéis entrado aquí, me disponia á mandaros mis padrinos.

—¡A mí! dijo riendo el conde. ¿Para qué?

—Para pediros razon de vuestras insolencias.

¡Mis insolencias! ¡A mi vez no os entiendo, querido señor..... Además nunca acepto un desafio.....

Dickson soltó una carcajada nerviosa:

—¡Bonita respuesta para un general francés, para un individuo que pertenece á la nobleza!

Brettecourt no perdió la calma.

—No, dijo. No puedo batirme más que con los de mi clase; y entre ellos sólo cuento con amigos.

—¿De modo que..... no me consideráis como vuestro igual?

—¡En nada, señor Dickson! Sin embargo, quisiera trataros con benevolencia, y ved cuán



injusto sois, me recibís bastante mal, siendo así que venia á prestaros un gran servicio.

Dickson, que se habia levantado dispuesto á cometer cualquier acto de violencia, se calmó de pronto.

—Veamos, se dijo, todo lo que este buen caballero encierra en su saco.

—Os confieso, señor mio, sin en el menor orgullo, que no creo tener que esperar favores de quien quiera que desée dispensármelos.

—Os lo figurais así señor Dickson, porque sois americano y creeis que las cosas son lo mismo en Francia que en América. Vuestro excelente consejero el señor Baradoux no os ha instruido bastante. Hacedme el obsequio de no enfadaros y vereis qué pronto vamos á entendernos. Os lo he dicho ya, mis intenciones respecto á vos no pueden ser mejores.

Dickson se sonrió con ironía.

—Seguid, caballero; lo que decís me interesa mucho.

—Pues bien, procedamos con órden. Habeis querido una soberbia fortuna.....

—¿Necesito deciros á cuánto asciende? interrumpió el americano.

—De ningun modo; sé que es bastante cuantiosa para que se haga visible. Despues examinaremos qué operaciones..... financieras han sido el orígen de esa fortuna. Lo cierto es que habiendoos enriquecido, vuestras mira-

das se han fijado en Francia para acabar con honrada apariencia en ella vuestra vida y casar lo más dignamente posible á vuestra encantadora hija.....

—¡Os prohibo, caballero, que hableis de ella!

—Es imposible que os obedezca, porque todo cuanto tengo que deciros se relaciona con la señorita Edith. Habeis pensado que con mucho dinero se halla siempre algun noble arruinado que trueque sus pergaminos por billetes de Banco. ¡Esto es tan antiguo como la Francia! Pero fuísteis difícil en la eleccion; no queriais á ninguno de esos caballeros que despilfarran con tanta facilidad la dote de su mujer, como alegremente han gastado su patrimonio. Obrábais con suma cordura. Encontrar á un jóven de ilustre familia, digno de su nombre y no á uno de esos nobles vividores, era una notable combinacion; pero la cosa ofrecia muchas dificultades y habeis mezclado con gran habilidad lo bueno con lo malo; habeis elegido á un hijo digno de todo encomio y á un padre reducido á la más deplorable situacion. ¡Notable cálculo, señor; un hijo sacrificándose para salvar á su padre! Entregábais desde luego una considerable suma y os considerábais tranquilo respecto á lo porvenir. Mas este arreglo, caballero, tiene un defecto; el jóven que destinábais por esposo de vuestra



hija es oficial..... é ignorábais, por lo visto, que como tal no puede casarse sin el permiso del ministro de la Guerra.

—¿Y no se os ha ocurrido, á vos, caballero, que el marido de mi hija será bastante rico para no necesitar formar parte de la milicia?... ¡No os creia tan sencillo!.....

—¿Habeis creido sin duda que el señor conde de Villepreux no tenia más que hacer dimision?

—¡Pardiez!

—En primer lugar no lo hará, y aún cuando lo hiciera no la aceptaria el ministro.

—En Paris todo se obtiene con dinero.

—¡Las cosas que se relacionan con el ejército, no! replicó Brettecourt algo impaciente; pero como se habia prometido dominar hasta el fin su indignacion, repuso con calma.—Para que un oficial francés se case, es preciso que su prometida sea digna de él y vuestra hija no seria reconocida como tal, si os obstinásei en que ese casamiento se hiciera.

—¡Ah! ¡ah! ¡A esto queriais venir á parar!

—Sí; he querido avisaros caritativamente para evitaros un escándalo muy desagradable; yo soy el que en mi cualidad de antiguo jefe, seria el encargado de dar los informes respecto á Federico de Villepreux y de enterarme tambien de los antecedentes de su futura, y os

confieso que el informe que daría yo de la señorita Dickson, seria deplorable.....

—¡Basta, basta! gritó el americano, no pudiendo dominar ya su cólera.

Y con la mano levantada, se precipitó sobre Brettecourt.

Este le cogió por la muñeca y le tiró bruscamente en la butaca.

—¡Cáspita, señor Dickson, qué desagradecido sois! La violencia á nada conduce..... No habeis oido más que la mitad de lo que tengo que deciros; se trata de cosas muy graves, y es preciso mirarlas bajo todas sus fases. ¡Permaneced tranquilo, pues, y escuchadme!

Dickson se quedó inmóvil y anonadado delante de su adversario.

Miró, pues le dolía, su muñeca, y al ver impresa en ella la señal cárdena que habian dejado los dedos de Brettecourt, comprendió entónces el susto que el general inspirara á Baradoux, y empezó á preguntarse si podría él luchar con tamaño adversario.



## XIV.

### LIQUIDACION DE CUENTAS.

Durante algunos instantes, los dos individuos se miraron con atencion, y sin pronunciar una palabra; Dickson furioso, recogido el cuerpo como una fiera pronta á lanzarse sobre su presa; Brettecourt, tan tranquilo como agitado el americano, y con la cara iluminada siempre por su imperturbable sonrisa, prosiguió:

—Si quereis enfadaros, podreis hacerlo luego; pero, os lo repito, estoy persuadido de que despues de escucharme hasta el fin, no deseareis otra cosa más que entenderos conmigo. En primer lugar, he querido probaros que el casamiento de vuestra hija con el conde de Villepreux es imposible, bajo el punto de vista militar; pero observo que no estais convencido.

—¡No, en nada, señor mio! El marqués ha comprometido su palabra, lo mismo que su hijo. Pediremos, puesto que es necesario, la autorizacion para el casamiento al ministro de